



Erasmo Zarzuela Chambi
"Silla de ruedas"

Kharisiri

En la bibliografía etnográfica, al Kharisiri se le describe con el aspecto de un hombre blanco o mestizo, de facha patibularia; tinte rubicundo, mirada penetrante, cabellos hirsutos y barba enmarañada. Unas veces se cubre con ropa ordinaria, otras se atavió con un sayal atado a la cintura, de la que surge un largo cuchillo de hoja afilada. Lleva además en bandolera un arma terrorífica, un lazo hecho de piel humana. Sin embargo, el Kharisiri es un personaje de este mundo, un ser humano, aunque esté dotado de poderes mágicos y actúe como los "condenados" del otro mundo que vagan entre nosotros en busca de un alma inocente para devorarla.

Nathan Wachtel en: *Dioses y vampiros* (Fondo de Cultura Económica, México, 1997)



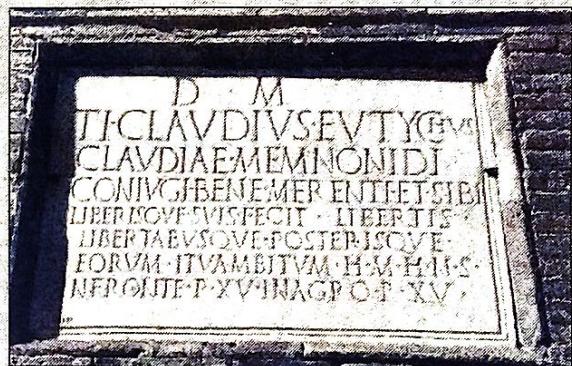
el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs: 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com
jgarcia@zofro.com

Dos textos de Augusto Monteroso (*)

Primeros encuentros

Alfredo Bryce Echenique lo recuerda así en la revista Olga (Lima, mayo 17 de 1974): "Fue la primera vez que vi a Borislav Primorac, responsable del congreso y jefe del Departamento de Español de la Universidad de Windsor. Le rogué angustiado que recuperara mi maleta y por toda respuesta obtuve una amable sonrisa y el anuncio de la próxima llegada de otro de los invitados, el escritor guatemalteco Augusto Monteroso. Y eso a mí qué me importaba. Mi maleta. Monteroso llegó primero. Un hombre bajo, silencioso y que para mí tuvo inmediatamente dos defectos imperdonables. El primero, que no se le había perdido la maleta ni nada; el segundo, que llegó con un enorme diccionario filosófico, uno de esos mamotretos imperdonablemente pesados. Este señor leía cosas así hasta en los aviones. 'En la que me he metido, pensé' (É) Al final sólo quedábamos Monteroso y yo. El tomaba el avión hacia México, en donde vive exiliado desde la caída de Jacobo Arbenz. Como con los Azuela, como con Primorac, Durand o tantos otros, sentí que me despedía de un amigo. Pero al ver que, para emprender el retorno, se había equipado nuevamente con aquel increíble diccionario filosófico con que llegó a Windsor, no pude contenerme. Le dije lo que había pensado de él cuando lo vi por primera vez: 'Me caíste muy pesado con ese libro tan gordo como pedante'. 'Es la mejor receta para los viajes –me respondió-. Mejor que los somníferos. No bien lo abres te quedas dormido'.

Pero en realidad leo filosofía, en los aviones y en donde puedo, para tratar de mantenerme despierto.



¿Qué cosa es todo poema?

La ciudad nos separa, las distancias, los medios de transporte; sin embargo, todos lo vamos aceptando. Los teatros se sienten cada vez más remotos; los cines, más extraños; no existen cafés y probablemente ya no se hagan ni fiestas, porque las amistades han ido también desmoronándose y hay algo triste, muy triste, en esto; y cada quien está cada vez más solo imaginando agravios ajenos o quién sabe qué cosas sin atreverse a decirlas por teléfono antes de las doce del día y después de las doce ya es muy tarde pues los teléfonos han terminado por dar miedo y su campanilleo te sobresalta, aparte de que el correo está muy lejos y habiendo teléfonos resulta insólito escribir cartas que llegarán ocho días después o un mes después, cuando la cosa ya no importa, como en Bartleby, Oh Bartleby, oh humanidad. Hay una gran fatiga, tan grande como la ciudad; los amigos comienzan a tener algo de sobrevivientes en un raro naufragio y, como dice el verso de Eliot que Ninfa Santos pone en su libro *Amor quiere que muera*: "Every poem an epitaph".

Entonces te entregas a escribir tu diario y a publicar partes, como quien en la isla desierta despliega su camiseta en la única palmera. (Con miedo de que alguien la descubra, a decir verdad).